Literatura infantil y juvenil
De la agenda secreta a la nueva infancia

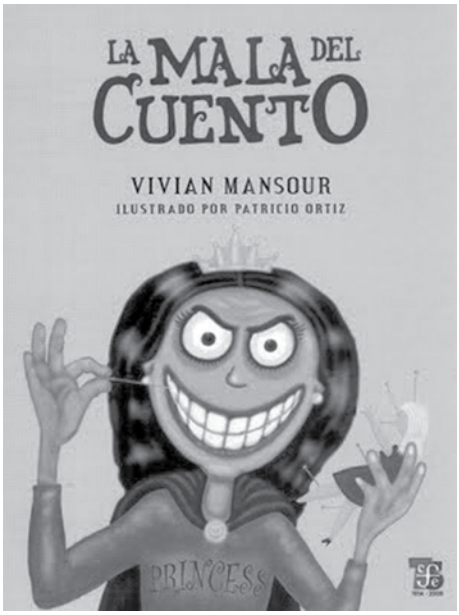
Juana Inés Dehesa Christlieb

A tres décadas de fundada la FILIJ, el panorama de la literatura infantil y juvenil ha cambiado significativamente

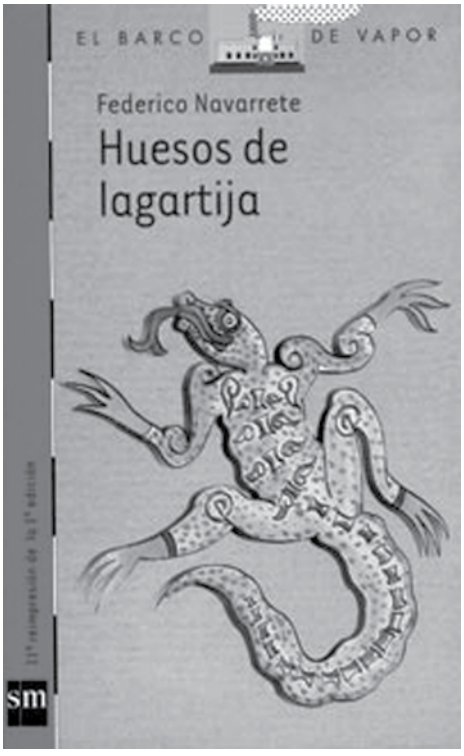
I

Dado que está dirigida a una población "en formación", la literatura infantil y juvenil (LIJ) a menudo guarda una "agenda secreta". Sucede algo muy similar a lo que ocurre con las expresiones artísticas en los regímenes dictatoriales o con los procesos de predicación de un credo: tienen que "ser útiles" para formar a la comunidad en determinadas prácticas y valores.

Vale la pena detenerse en el debate siempre bien propiciado por este género sobre algo muy ambiguo y muy abierto a la interpretación: "los buenos valores en la LIJ". ¿Qué debe entenderse cuando se escucha esto —que, por otro lado, se escucha tanto—? ¿Por qué existe la bien afianzada convicción de que noventa por ciento del éxito en la escritura para niños y jóvenes radica en tener buenas intenciones y querer expresar un discurso formativo, y no necesariamente en tener talento y oficio suficientes para escribir una gran obra literaria, sin mayores especificaciones?



Quizá se deba a un desfase absurdo que ha existido tradicionalmente en nuestro país al respecto de la LIJ y el resto de la literatura, la literatura "para adultos". A pesar de los avances de las últimas décadas, todavía no hemos podido despojarnos del todo de una idea romántica de la infancia, muy del siglo XIX, muy "El pequeño escribiente florentino", según la cual los niños son una especie de embriones o brotes tempranos que hay que cultivar y cuidar, y, sobre todo, mantener alejados de los vicios y las cosas malas del mundo para que sus pequeñas almitas no se contaminen y se inclinen siempre hacia la bondad y el bien. Lo anterior puede parecer una caricatura, pero no está muy lejos del espíritu que impregna varios de los manuscritos que aún reciben día con día las editoriales infantiles. Esta idea ha acompañado a la producción y edición de LIJ durante los últimos años, a pesar del fuerte impulso que ha existido por quitarle el acento en "niños" y dejárselo en "literatura".



Así pues, uno de los criterios para juzgar y calificar las diferentes obras de narrativa para niños y jóvenes ha sido, tradicionalmente, su contenido moral: si transmite o no un buen mensaje. Los catálogos y hojas de venta de las editoriales infantiles han tenido que incorporar tablas de valores a petición expresa y aullante de maestros y padres de familia; los educadores y terapeutas prefieren establecer parámetros de acuerdo con las capacidades "terapéuticas" de determinadas historias ("ésta habla sobre la muerte de los abuelos; ésta, sobre la pérdida de una mascota") sin detenerse mayormente en su potencial literario —mucho más difícil de determinar, por otro lado—. Todo esto contribuye a reforzar la idea de que los libros para niños constituyen básicamente un apoyo didáctico más, como los ábacos o los modelos anatómicos. ¿Quién se atreve a preguntar qué valores nos deja la lectura de *En busca del tiempo perdido* y, con base en ello, a descalificarla o recomendarla? Esto, que se oye absurdo aplicado a la literatura sin adjetivos, sucede constantemente con la narrativa infantil, sobre todo en nuestro país. La intención moralizante y catequética se ha volcado hacia dos temas fundamentales: lo mexicano y la formación.

Caída en desuso la instrucción religiosa, queda la formación en los valores cívicos y patrióticos para darles a los niños una figura de veneración: la Patria. La línea que separa la conciencia histórica de la sociedad en donde nacimos y habitamos de la franca pasión enceguecida por ese

Fotos: Alejandro Juárez

conjunto de mitos y licencias poéticas que conforman la idea de Nuestra Nación es muy tenue, y llega a desdibujarse en el discurso educativo oficial. La LIJ, evidentemente, no ha podido evadirse de este fenómeno. Durante los años treinta, el Estado mexicano se lanzó a editar *Corazón. Diario de un niño,* por considerarlo un texto idóneo para fomentar en los jóvenes lectores ciertos ideales, pero ese ímpetu no terminó ahí. A principios de los ochenta se fundó la editorial Amaquemecan "en el marco de una labor de rescate y difusión de las culturas étnicas, populares y nacionales de México y América Latina", según rezaba el texto de presentación de sus libros, firmado por su presidente municipal; a través de dicha labor "el H. Ayuntamiento de Amecameca manifiesta su solidaridad con los propósitos nacionales de consolidar una cultura basada en los auténticos valores del país". Lo que nunca se dice es qué implican estos "auténticos valores del país", si bien al analizar el catálogo se sacan en claro dos cosas: en primer lugar que se trataba de abrirles un espacio a autores mexicanos y latinoamericanos; en segundo, que se buscaba incorporar al mundo de la LIJ la cultura "nacional".

Otro caso, mucho más reciente, es el de la editorial regiomontana Castillo, que después de años de publicar básicamente libros de texto decidió, en 2000, crear la colección de literatura Castillo de la Lectura, con temática enteramente "mexicana" (esto es, que sucediera en México y que de alguna forma hiciera alusión a las costumbres e idiosincrasia de nuestra sociedad), para lo cual lanzó un importante premio que tuvo entre sus ganadores a Vivian Mansour, María Baranda y Guadalupe Alemán Lascuráin. A pesar de casos, como los tres citados, en los que los textos eran buenos y rescatables por sí mismos, el amplio catálogo de la colección demuestra que, al momento de realizar selecciones y tomar decisiones editoriales, el anteponer los criterios temáticos y formales a los literarios puede resultar en una serie desigual que ofrece pocas certezas al lector. (Cabe mencionar, no obstante, que en virtud de ciertos cambios administrativos que sufrió la editorial recientemente, la filosofía de esta colección ha sufrido un cambio fundamental: ha dado entrada a voces, autores y discursos extranjeros, y ello, lejos de ir en merma de la LIJ mexicana, la ha enriquecido, pues ha introducido al mercado nacional a varios de los autores más importantes y reconocidos en todo el mundo.)

Esta preocupación por exaltar y promover "lo mexicano" ha tenido tres manifestaciones fundamentales: la recuperación de tradiciones, la

narrativa histórica y la idealización del pasado prehispánico. En el primer rubro entran todas aquellas piezas de narrativa en las que se incorpora algún elemento de la tradición popular. El resultado puede ser un relato de corte mitológico, como *Tajín y los siete truenos,* de Felipe Garrido, o *La campana de San Juan,* de Pablo Escalante Gonzalbo, o bien una revisión desde la mirada contemporánea en la que se explican las distintas tradiciones utilizando a un personaje externo a manera de interlocutor para estructurar la narración, como en *Kipp y la ofrenda del día de muertos,* de Leticia Álvarez Herrera. En este apartado se contemplan también aquellos textos que pretenden familiarizar a los niños mexicanos con su país, como *Periquito verde esmeralda,* de Martha Sastrías de Porcel, y *A golpe de calcetín,* de Francisco Hinojosa.

La narrativa histórica comprende todas aquellas obras que recrean diferentes episodios de la historia nacional de una manera más atractiva que lo acostumbrado en cursos y lecciones oficiales. En este apartado entran las colecciones Travesías e Historias de México, del FCE, así como la serie Diarios Mexicanos, que publicara Planeta, con textos como *Diario de Cristina,* de Paola Morán, o *Diario de Aurora,* de Alejandro Rosas.

Si bien este tipo de narrativa busca recontar los grandes episodios de la vida nacional desde un punto de vista microhistórico, más cercano a la sensibilidad y la cotidianidad infantiles, la recuperación idealizada del pasado prehispánico está anclada a dos grandes bases: por un lado, a una nostalgia por una parte de nuestro pasado a la que durante mucho tiempo no se le prestó suficiente atención, y, por el otro, a una reivindicación de una tradición oral y escrita que se ha visto avasallada por la europea. Ejemplos son *Huesos de lagartija,* de Federico Navarrete, o *Pok a Tok, el juego de pelota,* de Gilberto Rendón Ortiz, y, desde luego, el catálogo completo de la editorial Tecolote, especializada en divulgación de la historia.

Más allá de lo nacional, el otro eco de la literatura tradicional que conserva la LIJ de hoy es el tema del héroe que emprende una aventura, supera obstáculos diversos, logra cumplir con su misión y encima aprende una valiosísima lección. A esto hace referencia el término *formación*: al desarrollo de historias en las que el lector puede encontrar una figura que, de cierta manera, le dará una pauta de acción y una serie de pistas para enfrentar y solucionar sus propios conflictos y preocupaciones.

La narrativa para niños y jóvenes está especialmente decantada hacia este aspecto de la literatura: obras destinadas a un público en formación,

cuya primera prueba es la niñez misma, de acuerdo con una mirada muy común que contempla la llegada a la madurez como eso, una llegada. Entonces, es tarea del niño estar en perpetuo movimiento y en perpetua aventura. Todos los días se enfrenta con conflictos que él mismo genera o que le son impuestos desde fuera, con deseos que quiere cumplir y con retos que siente que no puede superar. Aquí entra la literatura como un apoyo y una forma de decirle: "Tú puedes".

Hay varias formas de expresar esta frase. Están las más evidentes, como en *La llave maestra* y *Un corazón lleno de suerte,* de Monique Zepeda, donde se utilizan las historias de dos niños con problemas de autoestima y falta de afecto para ofrecer consejos. Bien por la terapia, pero la literatura pierde un poco. Otro, muy distinto, es el caso de *El pizarrón encantado,* de Emilio Carballido, cuyo protagonista logra organizar, por lo menos para sí mismo, su vida familiar por medio del uso de las palabras. Otro texto en el que se ofrecen la escritura y el lenguaje como forma de lidiar con las angustias y preocupaciones es *El cuaderno de Pancha,* también de Zepeda, pero con un alcance, ahora sí, mucho más literario.

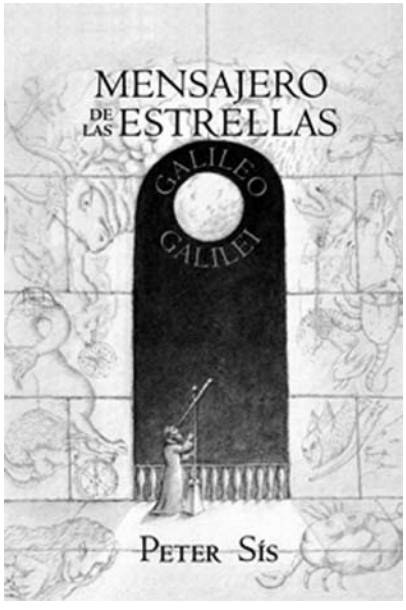
Ya sea a través de la utilización de alegorías, como en *Turquesita,* de Silvia Dubovoy, o de historias cotidianas más apegadas a la realidad, como *Mi abuelita tiene ruedas,* de Silvia Molina, hay una literatura para niños y jóvenes que busca darle a los lectores una forma distinta de comprenderse y de situarse en el mundo que los rodea, que les permita superar sus impedimentos físicos, sus miedos. En suma, que pretende ser una herramienta de autoconciencia, de formación de la personalidad y de aprehensión del mundo.

Al margen de lo tediosa y estorbosa que puede resultar la agenda secreta, con su énfasis en la "enseñanza verdadera", en los "mensajes" o "buenos valores" disfrazados de textos literarios, estas preocupaciones han dado también excelentes frutos, textos cuya calidad literaria rebasa por mucho su pertenencia a una u otra formas del discurso propagandístico. Cada vez

que se ha logrado rebasar la idea de "lo que la literatura para jóvenes *debe* decir" y se ha sustituido por "lo que el autor *quiere* contar porque es lo que él, como lector avezado, *querría* leer", aunque utilice los canales y discursos convencionales, los resultados dicen que, temas y consignas aparte, quien gana es la literatura. Y, por supuesto, los lectores.

II

En los treinta años que han pasado desde que se organizó la primera Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ) en la ciudad de México, en nuestro país ha ido y venido una generación completa: una generación de niños mexicanos que no se enteraron de lo que era leer únicamente libros españoles o argentinos, que no conocieron incomprensibles ediciones chinas de libros en español que siempre trataban de niños con nombres impronunciables, y que tampoco leyeron las moscovitas ediciones Progreso, con sus pequeñitos aventajados y valerosos. Es difícil hacerle entender a un joven lector que nació después de 1990 lo que era el mundo sin Gilberto Rendón, Francisco Hinojosa o Mónica Brozon, o un mundo donde se usaban *tejanos,* se subían *cremalleras,* los *tíos* no eran parientes de nadie y los *zapallos* hervidos, por más bárbaros y exóticos que sonaran, en las ilustraciones se parecían sospechosamente a las calabacitas. En pocas palabras, con la FILIJ y con todo el esfuerzo que la fue propiciando y acompañando décadas antes y después de su establecimiento, los jóvenes lectores mexicanos tuvieron la opción de hacerse de textos producidos dentro de su propia cultura y en su propio idioma. Y no sólo eso, sino que ese trabajo permitió que nacieran un público, una profesión y un mercado.



Lo primero que ha sucedido es que los niños que los autores imaginan al momento de concebir y llevar a cabo un texto ya no son los de antes. Esos personajes románticos, inocentes y maleables que vivían en la mente de los autores del siglo XIX y principios del XX han sido reemplazados por unos con menos cartón y más vísceras, con menos conciencia de lo que está bien y es bueno, y con más noción de sus propios deseos y de la forma en que éstos pueden convertirse en realidad.

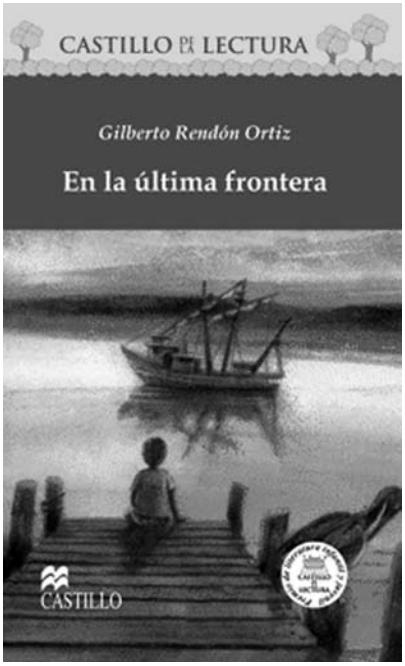
No es que los niños hayan evolucionado en forma acusada y notoria, ni que su lenguaje haya variado tan drásticamente que al momento de plasmarlos en cuentos y novelas resulte que de tener un vocabulario y una sintaxis impecables han pasado a expresarse con dificultad. Los niños siguen siendo los mismos; lo que se ha modificado es la idea de infancia, y, sobre todo, la idea de lo que es apropiado para la infancia. Al momento de organizar una actividad como la FILIJ, que involucrara como ingredientes principales a los niños y a los libros pensados para ellos, se estaba poniendo de manifiesto una noción moderna del papel de los niños dentro del acto lector: ya no sólo eran los receptores de textos que proveían los padres o maestros, sino que se les brindaba un espacio idóneo para que entraran en

contacto con los libros y la lectura por sí mismos. Es decir, era el momento de que hicieran de este acto lector una actividad voluntaria y consciente. Es importante recordar que, cuando se hizo la primera Feria, todavía no existían en México las librerías para niños como las conocemos ahora (aunque sigue habiendo muy pocas); todavía las secciones infantiles de los establecimientos libreros ofrecían la misma disposición y organización que el resto de los espacios, esto es, no era posible acercarse a los textos y hojearlos en busca de algún tipo de guiño que indicara el descubrimiento de un posible ganador.

En este sentido, el papel de la FILIJ también fue decisivo, pues la estructura misma de una feria del libro despoja al hecho de adquirir un volumen de la carga un tanto solemne y dificultosa que tenía en aquel entonces la selección y adquisición de un libro, y lo convierte en un acto gozoso, que, además, viene acompañado por una serie de actividades relacionadas con la cultura escrita: talleres, actuaciones de cuentacuentos, firmas de libros o presentaciones editoriales. Así pues, un público capaz de transitar por entre los anaqueles elaborando su propia selección de lecturas, y asimismo capaz de acercarse a la cultura escrita por propia cuenta, demostraba que ya era el momento de que los autores de su país se dieran a la tarea de producir textos dignos de ellos, que los consideraran como los lectores autónomos e independientes en los que se estaban convirtiendo.

El cambio en la idea de infancia trajo consigo, consecuentemente, una profesionalización del oficio de escribir para jóvenes lectores. Ya no se trataba de una labor propia de maestros entusiastas o madres de familia con buenas intenciones (sin menosprecio para ninguno de los dos grupos, a quienes debemos la mayor parte de la LIJ producida antes de esta época), sino que empezó a cobrar el mismo carácter de trabajo digno de ser tomado en serio que ya tenía el escribir "para adultos".

Para que pueda pensarse en el escritor de LIJ como en un escritor sin mayores adjetivos son indispensables varios factores, entre ellos dos fundamentales: 1) que se considere a los lectores de LIJ como lectores igualmente demandantes y maduros que los de cualquier otro tipo de literatura, aunque con sus necesidades y características particulares; y 2) que se deje de lado la idea de que escribir para lectores jóvenes es "más fácil" que escribir para adultos; es decir, que para escribir textos de LIJ se requieren menos capacidades artísticas y narrativas que para escribir literatura "en serio". Quien haya intentado alguna vez producir literatura infantil y juvenil sabe que nada puede estar más lejos de la verdad: que encontrar el vocabulario o el tono precisos para apelar a un público que no tiene escrúpulos ni pudores para dejar la lectura en cuanto deja de interesarle es algo extremadamente difícil y demandante, y que, por tanto, no puede



pensarse como una labor menos compleja, o digna de escritores menores, sino como una rama totalmente distinta de la misma profesión.

Esta profesionalización viene naturalmente de la mano del crecimiento de una industria editorial que en México, antes de la década de 1980, era prácticamente inexistente. Salvo algunas excepciones, como la editorial Trillas —que, además, estaba básicamente dedicada a la edición de libros de texto—, no había sellos editoriales especializados en la producción de libros de literatura infantil y juvenil. Uno de los motivos principales para la creación de la FILIJ fue, precisamente, el afán por demostrar a los editores independientes que existía un mercado para el libro infantil, lectores en ciernes ávidos por una oferta más amplia que la que hasta entonces habían tenido a su alcance. Era el momento de que el Estado dejara de ser el único editor de LIJ y de que otras instituciones tomaran el relevo.

Es innegable la forma en que este cambio en los organismos encargados de producir los textos influyó en el contenido y la forma de los mismos. La FILIJ vino a diversificar un mercado que tradicionalmente estaba en manos del gobierno y, con ello, a inyectarle vida a una industria —casi se podría decir, a crearla—, lo cual propició que diversas editoriales se fijaran en nuestro país y comenzaran a pensar en establecer oficinas aquí, y que, por tanto, comenzaran a abrirse nuevos espacios para los escritores de literatura infantil y juvenil, que hasta entonces no habían tenido demasiadas opciones en el terreno profesional.

Es decir, que tras asumir una nueva visión de la infancia y emplearla como directriz para tres décadas de trabajo constante y de esfuerzos conjuntos, se logró fundar para la literatura infantil y juvenil mexicana un mercado, una profesión y una industria editorial. No es poca cosa. Y no es un mal comienzo, aunque no deja de ser exactamente eso: un comienzo.